

El Último Trolebús

Pablo León Acevedo

Pablo León Acevedo, conocido también como Paul Lion, nació en Valparaíso en 1977. Desde joven, mostró una gran pasión por la música y la literatura, comenzando a componer canciones a los 21 años. Su trayectoria musical lo llevó a participar en peñas folclóricas y universitarias, donde organizó diversas actividades de canto y poesía. En 2004, se unió a Quintil Alimapu, una banda de fusión latinoamericana que se dedica al rescate de la obra de Osvaldo "Gitano" Rodríguez.



A lo largo de su carrera, Pablo ha sido cantautor, traductor y profesor de inglés, labor que ejerció hasta 2010. Desde entonces, ha trabajado en el campo urbano, lo que le ha permitido explorar su faceta como narrador experimental y elector temerario. Su poesía se nutre de la rica cultura de Valparaíso, tanto del Valparaíso real como del imaginario porteño, que se ha convertido en una de sus principales fuentes de inspiración.

Pablo ha publicado varios libros, incluyendo "Los pájaros sin Osvaldo" en 2012, "Laquebradelviento" en 2017, y "Último trolebús" en 2020. Actualmente, se encuentra trabajando en su décimo libro. Entre sus textos inéditos se destacan "Las notables aventuras de Gilbert Moulin" y "Sobre la desaparición de los cuadernos de líneas". Su obra refleja una profunda conexión con su entorno y una dedicación constante a la expresión artística.

El último trolebús del día de hoy salió del terminal a las 9 de la noche en punto, cuando la oscuridad ya se asomaba sobre la ciudad en medio del verano. Yo me subí en el paradero de siempre, pagué mi pasaje y tomé un asiento al lado de la ventanilla. Comenzó así un nuevo viaje, uno más de los muchos viajes que hacía diariamente, sin que se diferenciara en nada de los anteriores. La misma gente que al final del día esperaba el trolley apareció y tomó su asiento. El aspecto que la ciudad tiene a esa hora tardía fue el de costumbre: sus calles casi vacías, las viejas cuadras del barrio El Almendral mostrando su desamparo a quien quisiera verlas, las luces de la avenida Uruguay acusando a los comerciantes que hoy armaron sus puestos en la vereda y que también lo harán mañana. Yo mismo estuve seguro de que al día siguiente volvería a caminar por esas calles, lamentando que siguieran igual. El trole avanzó por Plaza Victoria, cuando la gente se encaminaba hacia las terrazas de subida Ecuador a beberse la noche.

Una noche que demoró un poco más en caer y que no se sintió hasta al otro lado de Bellavista, a la altura del Reloj Turri, donde los edificios bajo el cielo oscuro se agachaban para dormir en el silencio del barrio financiero. Fue recién al cruzar por Plaza Echaurren que la noche se impuso entre el trolebús y el resto de la ciudad. No andaba mucha gente, sólo las luces de algunos autos que bajaban del cerro. El trolley rodeó el sector de La Aduana y tomó la ruta de regreso. En ese momento miré al interior de la máquina: yo era el único pasajero a bordo; el pasillo, los asientos desocupados y las luces se convirtieron en toda la distancia temblorosa, amarillenta y parpadeante que me separaba del maquinista sentado allá adelante, cuyas espaldas escondían su maniobra. Entonces una distancia aún mayor nos separó de la noche allá afuera: el trole siguió atravesando las calles, despacio y sin detenerse en los paraderos, en los que ya no había gente que nos viera. Yo me quedé aquí arriba, en mi asiento al pie de la ventanilla, temiendo por toda esta distancia que me aleja más y más de una nueva mañana; pero también sintiendo una emoción que crece a medida que veo pasar la ciudad deshabitada, mientras el último trolebús del día de hoy llega a la avenida Argentina, da la vuelta en el terminal y todo empieza otra vez.

Hasta ayer mi vida era normal, como la de cualquier otro habitante de este puerto. Yo bajaba a pie por el cerro y luego recorría las calles del plan. Durante esas caminatas me veía obligado a atravesar las cuadras derruidas, al pie de aquellas fachadas que se iban desmoronando lentamente, ya fuera por los recientes temblores o incendios que no eran ninguna novedad,

ya fuera por el abandono en que el tiempo terminaba envolviéndolas. Cuando todavía seguían en pie, porque no faltaba un sitio erizado entre las viejas construcciones y que duraba años, hasta que nuevos negocios venían a instalar sus cortinas metálicas con una rapidez desconcertante. Esto me parecía lo más terrible de todo: el mundo actual había llegado, definitivamente, a imponer la práctica de sus intereses absolutos, unilaterales; no venía a formar parte de la comunidad ni a colaborar para engrandecerla, sino a acaparar los espacios que quedaban disponibles y al servicio del provecho individual. Este era, por lo demás, el espíritu en que reencarnaban los valores sobrevivientes al naufragio cultural en que ahora vivíamos. Los comerciantes que llegaron hace dos siglos a la ciudad ya habían dejado su herencia y no regresarían jamás. Los comerciantes modernos ni siquiera se tomaban la molestia de arribar, enviaban sus sucursales a través del océano para que unos empleados las armaran acá. Esos empleados eran los nuevos inmigrantes, orientales que nunca aprendían español y vivían en clanes aislados. De cierta manera hacían lo mismo que muchos empresarios nacionales, encapsulados en la prosperidad privada, perpetuando un crecimiento económico de chorreo bajo el cual conseguían ampararse aquellos desempleados presentes en el momento correcto. Así la inmigración se completó en el comercio establecido y se desbordó hacia las veredas, atiborrándolas de productos alternativos de supermercado y de cuanto cachureo, ropa usada y trasto viejo diera en amontonarse, no sólo en la feria de avenida Argentina, sino también por las esquinas adyacentes. Para

no hablar de los haitianos ambulantes y de la gente que dormía en tiendas arrimadas a las bancas públicas o a los monumentos. Por estas calles yo tenía que abrirme paso, sintiendo una mezcla de rabia y conmiseración, además de la honda vergüenza de saber que aunque yo era uno más de los afectados por toda esta situación, en realidad me hallaba completamente a salvo de caer presa de ella. Yo mismo me entregaba a padecerla diariamente, como un buen snob romántico. Tu famosa ciudad es una mierda me decía mi madre, colérica de recuerdos, almorzando juntos en algún restorán de Viña del Mar. No había ninguna necesidad de doblegarse ante tales molestias, pero yo lo hacía de todas formas. Al caminar por las calles en dicho estado me parecía ser testigo de un punto muerto en la historia de esta ciudad, porque el mundo actual imperante se limitaba a recaudar las remesas que la vida dejaba cada día; y las calles, las construcciones, los barrios con toda su antigüedad, apenas si se asomaban a un costado de toda esa vida en movimiento, quedando reducidos a un recuerdo, a una canción, a una pura ruina. De manera que no se encontraban, sólo se producía el roce entre el ahora y la historia debido a los hombres que transitaban, más o menos imperceptiblemente, entre ambos mundos, quedando de ese tránsito el desorden, la basura, el ruido y el cansancio.

La ciudad ya se ha dormido. El trolley atraviesa las calles a velocidad regular, lentamente, pero sin interrumpir su marcha en ningún momento. Desde mi asiento observo las luces del tráfico alternarse en un mutismo sincronizado. El ritmo cotidiano parece haber retrocedido.

a un punto lejano, a un murmullo velado por la oscuridad; ante mis ojos empiezan a desfilar recuerdos de ayer mismo o de hace muchos años atrás. De un momento a otro, lo vivido de noche es este presente, y los recuerdos son un pasado impreciso o acaso sólo probable. Tan pronto me encuentro pensando en cada cosa según esta diferencia convertida en palabras, lo vivido y lo recordado parecen en verdad asuntos distintos, aunque yo sé, en el fondo, que todo proviene de una misma y única situación, es decir, de haber pasado a formar parte de la marcha de este antiguo vehículo. Hasta aquí creo que cierta lógica me acompaña, salvo porque el trole lleva un buen rato girando por el centro en lo que ya parece ser plena medianoche, en un silencio y quietud tales, que a veces tengo la impresión de que la noche se ha detenido, y por alguna razón la marcha a través de la ciudad seguirá así, a menos que yo consiga distinguir lo que ahora observo y recuerdo casi al mismo tiempo, arriba del tranquilo vértigo organizado del trolebús.

La época en que yo empecé a tomar el trolley sin un rumbo definido se extravió con el paso de los años y con cada uno de los viajes, que fueron acumulándose y confundándose hasta cobrar la esquivada apariencia de un solo viaje que se fue prolongando hasta el presente. Ese viaje se iniciaba siempre igual: yo me subía en el mismo paradero, recibía mi boleto y me ubicaba en un asiento al fondo del pasillo, al lado de la ventanilla. Afuera la gente iba camino de sus diligencias, paseaba por las plazas, mientras yo miraba el transcurrir de la jornada con la nostalgia inconsciente de no participar de todo

ese ambiente apacible. Ya sabía que no me iba a bajar en el centro, sino que haría todo el recorrido del trole hasta volver a la estación; allí esperaría que la maquina se detuviera para descender y regresar a casa caminando cerro arriba, muchas veces cuando ya era de noche y el último trolebús de ese día daba por finalizado el servicio. Entonces yo pensaba con desazón en que acaso el final del recorrido era apenas el comienzo de otro viaje, un viaje que me llevaría por un rostro distinto de la ciudad que ella parecía rehusar mostrar durante la vigilia. Me devolvía a casa con mis esperanzas impedidas por la misma realidad del horario de los trolleys. Pero yo sentía que lo que había que hacer era insistir, volver a subirme a un trole y hallar el pasaje a ese recorrido escondido, insinuado sobre todo de noche. Me lo confirmaba el propio viaje, cuando el último trolebús de ese día se iba acercando al barrio Puerto: antes de llegar a la esquina de Plaza Echaurren casi todos los pasajeros se bajaban; nosotros continuábamos más allá, hacia el sector de La Aduana, a esa hora ya envuelta en silencio y penumbra. Entonces me resultaba curioso, pero luego entendería que la mayoría de la gente evitaba exponerse en la soledad marginal de ese lugar de la ciudad, y que era allí, precisamente, donde el trolley adelantaba algo del momento de más honda oscuridad, sospechado por mí solamente después, cuando el recorrido y el

servicio finalizaban y en las calles se respiraba un aire donde de pronto se encontrarían la medianoche y el amanecer, en la hora más deshabitada de la ciudad.

Ese momento de completa oscuridad y quietud era el que me interesaba. Yo volvía a tomar otra vez el trole de las 9 de la noche, esperando percibir nuevas señales que prolongaran el recorrido más allá de su horario. A veces, en el bandejón central de la avenida Argentina, la feria terminaba de instalarse entre la gente que descargaba los camiones. Camino de la Plaza Victoria los negocios apagaban sus luces y se advertía el entusiasmo bohemio de los bares, mientras en el barrio Puerto ya habían comenzado a bailar tangos tras las vitrinas de un restorán, en la esquina de Blanco con Clave. Pero el trolebús rodeaba todo el centro y se demoraba 45 minutos en regresar a su punto de partida, deteniéndose a un lado del terminal. Toda la vuelta de uno a otro extremo del plan no era más que el preámbulo de cuanto allí sucedería y cuyo desenlace ningún pasajero del trolley iba a presenciar. Yo mismo había hecho aquellos viajes sabiendo que así sería siempre, a pesar de lo cual no renunciaba a la posibilidad de aventurarme en la ciudad solitaria en ese punto de la noche cuya existencia ya sospechaba, que hasta entonces era realmente desconocido y que yo creí imaginar algún tiempo antes de subirme a este trole en el que viajo ahora, en una noche que no da señales de terminar.

Mientras esperaba el trolebús estuve de pie en el paradero un rato que debió ser breve pero que a mí me pareció largo, como esos momentos en que no hay ideas muy buenas y en cambio vienen montones de pensamientos fugaces, gratuitos y absurdos. Se me ocurrió que yo llevaba ya un buen rato en el paradero

y que no sabía lo que había pasado conmigo desde que salí de casa hasta que la puerta del trolley se abrió ante mis pies. Quería revisar mentalmente mis actividades recientes -trabajaren casa, leer en la Biblioteca, asistir al cine-, pero mi memoria las descartaba y en su lugar aparecía con insistencia el vago recuerdo de caminar por las calles a la deriva, sin plan determinado, cual flaneur. Era extraño, porque caminar se había tornado mucho menos agradable que trabajar, estudiar o consumir Arte. Y sin embargo ahí estaba, rondando mi cabeza. Caminar equivalía a echarme encima la tensión de toda una serie de problemas que tenían hundida a la ciudad, problemas que no sólo no hallaban solución sino que el clima de la convivencia agravaba aun más. Todo el mundo reclamaba y exigía lo que cada quien consideraba era la mejor manera de sacar a flote a la ciudad, pronunciando su nombre abreviado, blandiendo las premisas pragmáticas de políticas humanistas. Los periódicos no escatimaban algo más de tragedia ni un solo día, como parte del espectáculo en que se había transformado la realidad, anunciado en grandes titulares rojos de crónica policial. Y en las calles campeaba el descontento, el fantasma del cambio climático y la crisis del agua, emparentando el subdesarrollo local con el desierto simbólico de la aldea global. Todo eso matizado para colmo con la risa fácil, el sentido del humor anatómico y el bombo ultra saturado de una música cuadrada y digna de zoológico. Yo sentía que las calles se venían encima, que no se correspondían con la imagen que yo guardaba de ellas y entonces

apuraba el paso ante tanta cercanía penosa y amenazante. Tal vez por eso pensé que llevaba mucho tiempo en el paradero, sin saber qué me había sucedido en el trayecto. Como si parte de mí hubiese estado viviendo en una suerte de paradero mental, detenido en un punto de no retorno, sabiendo que tarde o temprano me embarcaría en este viaje.

No sería honesto de mi parte decir que descubrí por cuenta propia el modo de viajar fuera de recorrido a través de la noche de esta ciudad, pero sí puedo afirmar que me tomó mucho tiempo y muchos viajes para convertirme en el pasajero que soy ahora. De cierta manera fueron aquellos viajes los que me permitieron llegar aquí a este otro, filtrándome por las diversas fisuras de su marcha, fisuras materiales hechas del horario, de momentos del día, del clima y la claridad ambiental y de, cómo no, mi estado de ánimo que registra todo. Esos recorridos anteriores ya eran éste, lo siguen siendo, fueron su verdadero comienzo y creo necesario referirme a ellos para dar una idea de cómo me fui aproximando a la obtención de este pasaje nocturno. Voy a proceder, entonces, a relatar lo que recuerdo de distintos momentos del día durante muchos días, alternándolo con el presente, con este viaje por la ciudad dormida y deshabitada en que estoy ahora, para proveer la verdadera sensación que me embarga e intentar asimismo distinguir, como dije antes, lo vivido y lo recordado, yendo y viniendo en mi mente, mientras no me sea posible regresar a la claridad del día de mañana.

El trole encontró la avenida Argentina, dejó atrás el gran bandejón donde funcionaba la feria y dobló a la derecha, hacia la avenida Colono, cubriendo esa línea recta de asfalto en la que se encontraba el pie del cerro y la desaparecida orilla del mar. Después bordeó la plaza Victoria y siguió a mano izquierda, dejando el centro urbano para aproximarse al sector financiero, que como cada atardecer volvió a quedar abandonado.

Así llegó una vez más al antiguo barrio Puerto y tocó el otro extremo de su recorrido, dando la vuelta ante el edificio de La Aduana y tomando su camino de regreso, que por unas calles distintas y otras iguales a las de ida condujo pronto a las avenidas de siempre para completar su ruta. La máquina avanzaba sin prisa, las calles resbalaban contra las ruedas; pero la ciudad parecía agrandarse en esa oscuridad confabulada con una calma lunar. Una oscuridad plateada bajo la cual fui atravesando las calles como las salas de un museo que ostentara a uno y otro lado las piezas de una arquitectura largamente olvidada, o que ahora en la intimidad negra del silencio viniera a soi prendernos donde estuvo siempre y que nosotros creíamos desaparecida entre el tráfigo de la vigilia, de los extremos de la ciudad era posible distinguir las torres, las cúpulas y puntas de tales construcciones sobresaliendo cada una en su lugar, trazando un mapa a partir del cual parecía reconstruirse la imagen de un rompecabezas incompleto, un fragmento de la ciudad en diferentes instantes de su descomposición. El trolley en su marcha ofrecía variaciones de ese mapa apenas dependiendo de si se trataba de una plaza, una fábrica o un edificio público. Ya acercándonos nuevamente al centro, un murmullo colectivo anunciaba que íbamos llegando otra vez a la otra vez a la Plaza Victoria; entonces el trolebús surgía a sus espaldas, las

antiguas baldosas de la plaza daban media vuelta para vernos pasar y nos miraban riendo por encima del hombro, como si jugáramos a perseguir a una muchacha sorprendiéndola en plena carrera.

•••

Cuando el trolley entró a la avenida Argentina aún no amanecía, pero ya no era completamente de noche. La ciudad había comenzado a funcionar con su locomoción, su tránsito y los habitantes que aparecían en las calles. Poco a poco la claridad empezaba a apartar al silencio nocturno. La ciudad todavía estaba vacía en varios sectores, de modo que tanto ese primer movimiento como la calma anterior se distinguían bien una de otra. Por la ventanilla a mano izquierda de mi asiento se veía el cerro allá al fondo, iluminado aún por el tendido eléctrico; era un cerro dormido en la negrura de su relieve donde contrastaban las luces como astros. Arriba suyo había un poco de cielo viniendo desde lejos con su claridad. Más acá y como separada del cerro mismo estaba la ciudad con su monotonía gris por la que pasaban vehículos, ruidos, siluetas de personas, sin despegarse de ese todo que era de la urbe a esa hora, despertando de apoco hacia ese azul que luego haría la diferencia entre cada una de las cosas. El cerro iluminado, todavía de noche; el centro de la ciudad esperanzándose de su quietud de piedra; el trole por fin, rodando más acá, a este lado del calor su turbina eléctrica, se movía cada uno a su ritmo y parecían separados unos de otros. El cerro, que durante el día parecía ser ese sitio al que había que llegar, ahora había quedado atrás en su propia noche; ya volveríamos a él. La ciudad seguía siendo ese espacio en constante tránsito, el puente entre uno mismo y ese lugar de anhelo que era el cerro, que por lejano, oscuro y dormido guardaba un secreto. Y el trolebús era la posibilidad de atravesar ese espacio y alcanzar aquello a lo que se llegaba en pleno movimiento. La ciudad se deslizaba contraria al trolley y a velocidad proporcional; el cerro en cambio parecía desplazarse junto al trole en paralelo, más despacio y como resistiéndose a que la ciudad se lo llevara con ella. El cerro y la ciudad eran dos seres distintos. El trolebús los enlazaba y uno veía cómo el cerro y la ciudad, en sus distancias de sentidos opuestos, quedaban frente a uno al mismo tiempo que iban partiendo, separándose, mientras lo único realmente quieto era el cielo que al fondo de todo aún no tenía prisa en levantarse y salir a tomar posesión del día.

•••

Al dar la vuelta en la esquina de las avenidas Argentina con Colón la ciudad parecía acomodar sus ejes, el tramo inicial del viaje dejaba de apuntar hacia el cerro y saltaba sobre la orilla del país recortado contra el cielo. Las calles aledañas empinándose cerro arriba formaban la prolongación de la ciudad en una perspectiva quebrada, alcanzando sin embargo una continuidad en diagonal que otorgaba la

Sensación de distancia, tan lateral y propia de un laberinto en inopinado, sujeto a la Naturaleza.

Pasadas las 7 de la mañana y a pocos días del invierno el trolley dejó la estación y entró en la avenida Argentina todavía a oscuras; las luces de toda la ciudad revelaban su distancia de este recorrido según la velocidad con que iban quedando atrás. En la galería de ventanillas a la izquierda se reflejaba el desfile de letreros tempranos que pasaban por el lado opuesto, por la vereda mas próxima, se sobreponían brevemente a las luces del techo del trole en la serie de cristales sin haber querido, porque éstos miraban siempre más allá, hacia el cerro, por encima del tráfico y la gente; miraban ese enjambre pálido en lo alto que parecía titilar declarando su distancia, su intención de no madrugar aún, de no bajar al frío desvelado que ya movía los pies por la ciudad. Las luces del fondo quedaron allá, encumbradas en la noche que persistía lejana y que parecía acompañar nuestra marcha desde aquella quietud con que nos miraba desde el cerro.

• • •

Al dar la vuelta en la esquina de las avenidas Argentina con Colón aparecía la orilla de esa inmensa playa cuyos pies del cerro se perdían en la perspectiva. El trolebús, avanzando por la arena estrecha, captaba en un ángulo oblicuo ascendente, a su izquierda, la altura desde la arena hasta el cerro con sus casas apretadas precisamente entre el borde rocoso y el cielo, por donde pasaban en un panorama

veloz que cabía justo en las ventanillas superiores del trolley. Por allí pasaba a esa altura una distancia que no se salvaría nunca, porque o se miraba desde abajo en la playa o se arribaba a ella con esfuerzo. El trole observaba en su movimiento una unidad fragmentada por la geografía.

Me fui acostumbrando a contemplar, desde la ventanilla izquierda en mitad de la máquina, la faena que la gente de la feria tendía dos días a la semana en la avenida Argentina. Los veía en ese momento del anochecer cuando ya retiraban sus productos e iban desmontando los toldos de los puestos, mientras las luces blancas de cada tienda iluminaban esa hora ya tardía, con mucha basura en el bandejón, con una humedad que ponía reflejos desordenados aquí y allá. Iba captando así ese momento final de la jornada de la feria cuando el ajetreo ya había terminado y sobrevenía el cansancio de quienes allí trabajaban, mientras recogían sus cosas antes de retirarse, antes de que el ritmo de la ciudad los obligara a desaparecer con él hacia el silencio sordo de la noche.

A medida que nos acercábamos por Colón hacia la Plaza Victoria se insinuaba una visión desde el lado opuesto de la máquina, el lado que miraba hacia el mar durante el amanecer. Así, entre los edificios recortados contra el horizonte, se divisaba el espectáculo del sol alzando su cabellera incendiada en un amarillo que deshacía las nubes, muy a lo lejos, como si solamente el sol

Tuviese color y todo lo demás fuese una sorda oscuridad desvelada. El sol se repetía detrás de las cuadras, dejando ver un pedazo de la línea del mar.

Desde el interior nuevamente, los vidrios del trolebús miraban como una lupa inversa que alejaba los edificios que pasaban por la vereda, y aproximaba cuanto quedaba en los márgenes de la ciudad con vértigo de postal envejecida, súbitamente expuesta a la memoria del recorrido.

Después de la Plaza Victoria el panorama se abría hacia la galería de ventanillas a la derecha y llegaba hasta el mar, que aparecía entre las calles que dejaban uno y otro edificio. El mar era otra calle más, perpendicular en su periferia al pensamiento del habitante, por la que de vez en cuando a esa hora ya podía verse un barco entrando a la ciudad, ganando la calle abierta entre los edificios, hasta que el ruido que nacería en el centro nos impidiera seguir la silueta afilada del barco al otro lado de las sombras disueltas en la vigilia.

Pero el trolley hacía un viraje decisivo y sacaba ese horizonte de la mirada del habitante que iba a bordo; llegaba al sector financiero, donde los viejos edificios parecieran venírseles encima, levantándose en esos últimos instantes de silencio matinal, en la penumbra que los agigantaba y apartaba del conjunto que en un rato más habrían de formar con su entorno, cuando descubiertos ya por la claridad volvieran a la rutina de poner los pies en el agua dura del asfalto y resignarse a que la gente los repletase otra vez con sus ideas acerca del presente.

Algunas ventanillas de los troles más antiguos habían logrado retener las imágenes de la ciudad que vieron pasar hace más de 50 años, imágenes que el tiempo fue impregnando en los vidrios y que el movimiento hacia el presente fue desdibujando al sobreponerse sin remedio con el paisaje que se renovaba allá afuera, de modo que aquellos viejos vidrios miraban a través de una cortina de agua en que el recuerdo ondulaba y refluía como un espejo olvidado de las calles; los edificios que alguna vez ostentaron sus torres, cúpulas y arabescos reaparecían al otro lado de la distorsión del cristal, dividiendo la síntesis actual de la arquitectura y evocando así aquellos otros detalles de grandeza con la nitidez ambigua de un sueño.

Al interior del trolebús en tanto lo que había era otra cosa.

La longitud herrumbrosa de la máquina rodante era como una nave surcando la sinuosidad aplacada del asfalto; sobre todo al ir sentado al fondo, después de las galerías de ventanillas, el timón en manos del conductor sorteaba la continuidad de la calle negra, subiendo y bajando, siempre sin prisa, fija la mirada puesta adelante. Las luces del techo, al tiritar en reacción al tendido

eléctrico que tiraba del trolley en lo alto, prestaban la atmósfera tempestuosa de un barco cruzando relámpagos en la noche; y si tales luces no eran tempestad eran un sol eléctrico

que se fragmentaba de un destello a otro, constelándose en racimos iguales, paralelos, desde la boca hasta la cola del vehículo. El espejo arriba del viejo tablero era el catalejo de sí mismo observándose en retrospectiva mientras avanzaba por la variación de un futuro que sería siempre parecido; un espejo tan especial en su tamaño, tan regular en su panorama de rectángulo, que de no saber dónde ubicarlo había quedado a un palmo de la frente del conductor, quien alzaba la vista hacia él para dominar cuanto sucedía y se movía a sus espaldas.

Así era en general la visión de la ciudad y el aspecto animal del trole, mecánica puesta en marcha dentro de otra quietud, inmensa y uniformada a lo largo de la noche.

La ciudad nos había recibido en su nuevo escenario nocturno y comprendí que al trolebús seguiría su marcha, brindándonos las imágenes de los lugares que yo acababa de vivir, pero también de recordar. Tales imágenes quedaron en mi mirada mientras el viaje hacia su primera evolución por esas calles despejadas. Ahora nos hallábamos en el otro extremo de la ciudad, en el barrio Puerto, donde el pavimento y la arquitectura disminuían hasta tocar la piedra rudimentaria de otro tiempo, hasta casi sentir al mar rompiendo contra la soledad de un bastion abandonado detrás del edificio de La Aduana, justo allí donde el trolley daba la vuelta y contaba un nuevo recorrido. Fue entonces que divisé la ciudad iluminada a lo lejos y pensé en los lugares aledaños al centro por los que habíamos pasado hacia un rato. Allá en medio de esas luces deben estar, me dije, los sitios por mí tantas veces frecuentados y que recién ahora venía a considerar con cierto anhelo de caminar por ellos a plena luz del día. En mi viaje de regreso a aquellos lugares divisados en la noche yo ya comenzaba a recordarlos con las impresiones diurnas que llevaba conmigo. El trole en tanto se abriría paso por una ciudad dormida y desnuda, siempre a orillas del mar y al pie del cerro.

A medida que el tiempo me aleja del día en que tomé el trolebús voy recordando la vida que yo tenía en las calles, al amparo del sol, en imágenes tan claras que contrastan con esta soledad de edificios recogidos en las sombras. El sol de entonces y las sombras de ahora se agolpan en las ventanillas del trolley, se mezclan, me confunden, y yo debo hacer un esfuerzo en mi memoria para tratar de despejar el camino que me ha conducido hasta este instante. El instante en que el movimiento y la quietud se van confundiendo en un ahora sin tiempo.

Lo vivido y lo recordado empezaron a tomar la dirección que el trole seguía, respectivamente, en su viaje de ida y de vuelta. Allí fueron surgiendo esas otras impresiones, que aparecían mucho más claras porque ahora eran visiones de mí mismo en distintos momentos de mi vida, habitando y atravesando esas calles, recintos y lugares que pasaban por los costados del trolebús.

Dejando atrás la Plaza Victoria el trolley retoma las mismas calles por las que hemos venido, y las ventanas de mi ex-colegio, el Hospital, el antiguo Teatro y la feria alzan todos la mirada apagada de un mendigo que ya no

recuerda vernos pasar por aquí siempre, tendiendo hacia L calle sus fachadas como harapos, que el trole sorteaba sin prisa en medio de la noche.

En la misma cuadra de siempre, el edificio de mi ex-colegio ya no conserva nada de lo que allí existió, salvo su construcción misma ahora agrietada de arriba abajo tras todos estos años sin funcionar. El trolebús cruza lentamente la avenida Colón, revelando sus altas ventanas ciegas, sus corredores herrumbrados de vacío, la longevidad casi intacta del ladrillo. Todo esto a los pies de una calle cuyas murallas al parecer ya no se emplean para otra cosa que ejercitar el grafiti abstracto, marginal e incendiario, o para que algunos padres esperen a sus hijos a la salida de clases por una insignificante puerta que cuando yo era un alumno allí no se utilizó jamás. Esos padres tienen a sus hijos en un colegio que ya no es el mío, que funciona en un recinto reducido y con otro nombre. Puede vérselos por las tardes esperar en la vereda ante esa puerta abierta. Una puerta sola en medio de esta calle desierta en la noche, pero que mis ojos abren con el recuerdo de los días que yo pasé allí. Ésa es la última puerta de mi ex-colegio y comunica con el patio del fondo, de hay una virgen de piedra blanca al centro, sobre un pedestal rodeado de madera y flores. Los corredores circundan este patio donde no se permitía jugar pero al cual nos escapábamos los que éramos malos para la pelota. Después de muchos años, vuelvo ingresar a mi ex colegio, pero lo hago de adelante hacia atrás, viniendo de un presente modificado, a un pasado que intenta ser el mismo sin conseguirlo. A ambos lados, tengo las salas de técnicas manuales y los laboratorios de biología celular, asignaturas complementarias cuyos nombres cayeron en desuso. Unas rejas instaladas hace poco impiden el acceso por las escalas al segundo piso, y a medida que avanzo hacia el patio central comprendo que varias dependencias han sido remodeladas, reduciendo los espacios y mis posibilidades de llegar hasta el fondo de aquellas salas y rincones en que viví momentos que me pertenecieron solamente a mí. Me quedo con la necesidad rota en mis manos de rehacer lo que no pudo ser, ante esas rejas, el mobiliario nuevo y los pasadizos clausurados que ahora hay aquí como guardianes intrusos de mi pasado y que me hacen sentir presidiario en un mezquino presente.

Arriba del trolley, en cambio, mi ex-colegio visto como un solo recinto fue descubriendo todo su aspecto, el que había tenido mucho antes de pensar siquiera en ser un colegio, cuando era un monasterio en que se hablaba francés y su influencia se alargaba por pasillos escondidos, alcanzando la propia historia de esa ciudad que crecía alrededor. Su rostro total se fue precisando desde ese tiempo anterior, llegó hasta el que correspondía a la época de mi infancia, para seguir de largo con ligereza y despreocupación hacia la actualidad. Entonces allí, con la visión simultánea de toda su existencia como las cuatro veredas que juntaban sus esquinas al verlas pasar arriba del trole, allí tuve finalmente la sucesión de imágenes que mostraban a un niño de 12 años llegar al colegio una mañana cualquiera, subir las escalas antes del campanazo de las 8, correr en overol tras la pelota del recreo o jugar a los bandidos montado en la espalda del guatón Servieri, trenzarse en sangre empuñada con Javier Vargas y huir de las risas de mis compañeros desbaratando la clase. El

excolegio inhabitado en la noche reunió la totalidad de lo acontecido allí en un solo instante, sin detenerse el trolebús, desde el cual creí tocar algo incompleto de mi vida al posar mi mano en el reflejo dilatado del vidrio.

Mi mirada se recoge al percibir como propio el traquetear del trolley, que ha atravesado la cuadra lentamente, y la abstracción de la vida que alguna vez hice en ese edificio se convierte en un punto, otro punto más de cuantos forman mis recuerdos.

Arriba del trole las mañanas duraban muchas horas y uno podía dar vueltas completas por la ciudad varias veces. Esa sensación de horas acumuladas a bordo de la máquina desde tan temprano no tenía que ver con el reloj contando cada recorrido, más bien estaba en relación con el ajetreo por las calles, con ese silencio que quedaba de la noche y que contrastaba con los primeros, leves y breves ruidos de la urbe, y con la claridad despejada del cielo por el cual nada surcaba todavía para distraernos del despertar. Todo ello formaba una atmósfera de tranquilidad que acentuaba esa sensación tan particular del trolebús de ir avanzando casi sin moverse. En ese instante inmóvil de la mañana parecía como si la esperanza fuese coronando la ciudad nuevamente, en la impresión de armonía con todo se levantaba al unísono. Entonces sin nostalgia ni tristeza, yo recordaba esas mañanas de otro tiempo en que debía caminar por ciertas calles, hacer determinados trayectos a pie cruzando plazas, con el afán de aprovechar el día en el colegio o en otras diligencias más efímeras, sin abrigar la menor sospecha de cuánto me aguardaría en un futuro, cuya dirección es ahora la entelequia de mis pies hundiéndose sobre viejas ruedas sin comienzo ni final.

Los árboles de la Plaza Victoria son los mismos después de todo este tiempo. La noche define sus figuras como gestos que solamente ahora, en la quietud del silencio, indican que vienen con nosotros viajando desde un pasado todavía más remoto, arrastrando la crónica muda de una ciudad abandonada a su suerte. Pareciera que dicho abandono consiste en no borrar del todo las huellas y vestigios de cuanto alguna vez existió y pudo seguir estando allí, entre el oleaje blanco y verde de las baldosas, entre las pequeñas cercas que rodeaban a los árboles circundados a su vez por bloques irregulares de césped. Baldosas y cercas que entonces conducían a otras bancas de madera, esos improvisados estudios fotográficos al aire libre donde alguna vez nos retratamos en familia, cuando mis pies aún no tocaban el suelo desde la banca y ni idea tenía de cómo habíamos llegado allí. Ahora nadie ni nada de eso existe, salvo yo mismo sorprendido de una memoria que pareciera pertenecer a otro niño, pero que mis pasos reconocen al poco andar por entre el oleaje verde y blanco de aquellas baldosas, que un día remoto volvieron su mirada sobre el hombro como muchacha perseguida para ver aparecer a este trolley. Asimismo, y de reojo ahora el trole mira pasar la Plaza Victoria, como un jardín de sombras subiendo resquebrajadas por el olvido, que pronto volverá a despertar con la necesidad de tener que hacer algo, cualquier cosa, lo que sea o no pueda hacer.

Había una distancia constante entre el trolebús y la ciudad, una distancia que consistía en ir llegando siempre, y que se había originado al dejar de marchar a pie por la calle, abordando así a cierta altura desde la cual parecía el conjunto de una ciudad que allá afuera ya no se veía. De pie en la calle la certeza de haber llegado era indudable; más a bordo del trolley era el movimiento lo que completaba la ilusión de conjunto al ir observando la otra ciudad que, junto con pasar y quedar atrás se insinuaba en dimensiones y perspectivas olvidadas, que entonces se presentaban nuevamente con la condición de proseguir el viaje, de no llegar nunca, de permanecer en la distancia.

Esa distancia se anula de golpe en medio de esta oscuridad en la que resaltan las alturas de una ciudad terminada en cúpulas, puntas y torres. O en las chimeneas de la fábrica Tres Montes cuyas imágenes se llenan de reminiscencias, ruidos y olores industriales matizando mediodías lejanos en que uno caminaba por esa cuadra e a menudo llovía un aroma a café sobre las narices.

Sensaciones todas que llegan al trole casi al sesgo, acudiendo de costado como esos inmensos galpones que quedaron en el cerro, sin terminar de llegar ni poder irse nunca más, a diferencia de sus primos aventajados a los que si terminaron llamando desde la capital. Con la distancia ya anulada en mis recuerdos, con la noche asentada y girando al otro lado del trolebús, ya no viajo propiamente en este trolley, ya no miro desde él, los lugares que conforman el escenario de mi memoria han devenido imágenes inmediatas, contiguas una a otra, de manera que los pasos avanzados hace tantos años atrás me conducen inequívocamente y sin demora a estas impresiones fuera del tiempo, que son la última verdad de cuanto he vivido. Pero yo sé en algún lugar luminoso de mí que todo esto proviene del lento viaje del trole en medio de la noche de esta ciudad.

Así he transitado desde mi ex-colegio, pasando por la Plaza Victoria y sus árboles, hasta dar con las chimeneas de la fábrica Tres Montes detenidas contra el cielo. Ahora basta con volver la mirada al otro lado para dar de súbito con el cerro, recostado en la noche, mientras una inmensa blancura simétrica parece examinarlo, inclinado sobre él. Es el Hospital Van Burén, de rodillas ante un viejo enfermo; las escalas de la entrada son las suelas de sus zapatos; el edificio mismo subiendo son las espaldas del médico, la cabeza gacha entre sus hombros, como atendiendo al sonido del estetoscopio que ausculta el semblante trasnochado de un cerro congestionado de luces pálidas. El delantal blanco contiene a toda esa figura y le da unidad. No hago más que mirar el Hospital al ritmo del trolebús que se acerca a él cuando ya me encuentro entrando en sus puertas un día no muy distante.

Ese día puede ser temprano o más bien tarde, pero llueve, eso sí es seguro. Esta combinación y sus alternativas son la base para reunir, en un solo día hipotético, el recuerdo de mis parientes que fallecieron allí.

Cuando murió mi padre era una mañana nublada. Cuando le tocó morir a mi tío era de noche y había empezado a llover. Todo el resto de circunstancias imaginarias de mi ingreso

al hospital podrán remitir a una muerte o a otra. De todas maneras, lo que ocurre en mi mente es más sencillo: yo llego allí, aguardo un rato en compañía de mi familia y finalmente asisto a la noticia, más o menos inesperada, de la muerte repentina de mi padre y luego de la de mi tío tras una larga enfermedad con su agonía. Asisto a ellas dos como a una sola. He ingresado por las suelas de los zapatos del doctor o por la ventosa de su estetoscopio a un lado; he aguardado un tiempo más o menos largo, en compañía de algunos familiares, un mediodía indiferente o en una noche de lluvia crepitante. Es igual, es lo mismo en este caso, pues lo que ahora hago es constatar la magnitud del cambio que en mi vida dejarán sus dos ausencias. Entonces no pude saberlo, lo estaba viviendo; ahora termino de vivirlo, comprendiéndolo. Recibo la noticia con consternación o resignación familiar; deshacemos el camino de aquella última visita por una punta del albo delantal médico; y poco a poco, día a día, vuelve a retomar su rumbo.

El trolley no se ha detenido. Ha avanzado tan sólo lo justo como para que toda aquella impresión compuesta desfile entera por mi mirada, entre los semáforos que controlan la avenida Colón flanqueando al hospital, más allá de mi excolegio y las fábricas, más acá de la feria y el teatro.

Para llegar al Teatro Municipal tendría que bajarme en la esquina de las avenidas Uruguay con Colón y andar a pie en dirección a la orilla del mar. Percibo ya la proximidad de aquella intersección y cuando ésta se produce en el recorrido simplemente dejo que mi memoria se desprenda de mi cuerpo en 90 grados; así sigo como pasajero en el trole próximo a enterar una nueva vuelta, mientras siento mis antiguos pasos de entonces dirigirse hacia el Teatro en medio del frío sosegado de la noche. Durante el día el Teatro pierde presencia en medio del ambiente de feria que se ha tomado sus esquinas, llenas de vendedores ambulantes gritando a voz en cuello todo tipo de mercancías, desde ropas y artefactos ofrecidos en el suelo hasta la carne asada humeando en esos carritos que no se sabe dónde se guardan después. Al lado del gañán desocupado vigilando su oportunidad de traficar o de hurtar algo a los pasos desprevenidos que cruzan la calle. Más acá del grupo de señores jubilados que pasan todas las tardes reunidos en torno al dominó y a la transmisión de una radio A.M, ya sin esperar casi la noticia de la reinauguración de la Plaza O'Higgins, símbolo del bienestar permanentemente postergado y que se mezquina en un letrero pintado que ordena: 'SE PROHIBE BEBER ALCOHOL EN LAS MESAS Y DECIR GROSERÍAS'. A nadie allí se le ocurriría pensar en que este Teatro tuvo un nombre propio por mucho tiempo, el Teatro Velarde, antes de que cayera en la desgracia de una administración municipal cualquiera que le impuso su apellido indiferente. Pero la noche una vez más barre toda la basura y el ruido cotidiano para traer algo de tranquilidad a las puertas del teatro, cuyas altas vidrieras parecen mirarme con algo de melancólica indulgencia y convidarme hacia su interior. No puedo evitar que el recuerdo de lo vivido aquí evoque los recuerdos sucesivos de otros teatros que ya han desaparecido o cambiado tanto que no pueden sino confiar su patrimonio al único heredero digno de ellos que queda

en la ciudad. Ahora lo que importa es recuperar la visión de aquellos salones que bajaban en suave pendiente hasta el telón y la pantalla, a cuyos lados las murallas exhibían sendos frescos de la Antigüedad Universal, como si en dichos espectáculos hubiese también algo de ese conocimiento velado en aquellas siluetas egipcias que por supuesto ya no existen.

Más adelante veo venir el prurito de la adolescencia, de un amor que correspondido o no me ha llevado muchas veces a atreverme a cruzar las puertas del Teatro, su foyer de espacios amplios y afiches de moda donde al menos tengo la intención de vivir ese entusiasmo que justamente allí, el foyer da sus ecos y el tránsito hacia el salón mismo donde la diversión y aún el placer son un secreto bailado a susurros, en la oscuridad, antes de que el teatro ya no sea más un teatro y deba dar paso a una discoteca que sólo conservará la importancia de un espacio cultural por muy poco tiempo. Finalmente me hallo en los accesos a la parte más alta de las graderías, inmerso en una marea de gente avida de la estridencia estremecedora de la música, cuando el Teatro ya ha dado paso a conciertos de todo tipo y yo voy buscando el sonido que mejor represente mi deriva existencia!, el derrotero de mi pensamiento con sus naufragios y sus hallazgos, primero del brazo de una muchacha que entonces me quería y luego en compañía de amigos de la más alta afinidad musical, pero siempre y en el fondo yo solo, bajo las luces inundando todo en derredor al escenario. El foyer transparentado en las altas vidrieras de la entrada del Teatro tiene algo de cada una de estas épocas, su apariencia vacila hacia posibilidades del pasado que bien pudieron darse allí para mí, sugiriendo el aire de una canción o el reflejo del rostro de alguien cuya presencia entonces pudo haberse convertido en recuerdo ahora.

Mientras el Teatro recibe así mis respetos, solos él y yo en la esquina de Pedro Montt con Uruguay, el pasajero a bordo del trolebús contempla sin interrupción su propio regreso a la avenida Argentina. La máquina avanza por el último tramo hacia el terminal cuando, a mi izquierda, la esquina del Teatro se distingue entre las luces del tráfico que cambian para nadie, bajo aquel brazo del cerro negro que desciende al fondo, lejos. Por esa calle veo mis pensamientos a guisa de recuerdos venir hacia mí, calzados con mis pasos de entonces, dan un brinco por la ventanilla y vuelven a ser uno solo conmigo.

De noche es como si el ritmo de la ciudad ya se hubiera cansado de luchar y una unánime oscuridad viniera de a poco a conceder una tregua. Cansancio y tregua en medio de los cuales no suelo advertir mayor iniciativa en mi para dejar ese trolley; sentimiento aparejado al ritmo despacioso, casi nulo del vehículo por cumplir con su itinerario y al que la apariencia uniforme del exterior de la ciudad, con sus luces urbanas igual de pálidas, con las siluetas apagadas de su geografía, parecen proveer una inusitada prolongación de esta carrocería, viajando imperceptiblemente por la continuidad del mismo trole, flanqueado de tinieblas que disuaden mi inquietud por tener que llegar a algún lugar.

Trolebús, trolley, trole. Escucho a mi mente repetir en silencio las distintas palabras que nombran a un mismo vehículo, que luego de haber dado otra vuelta entera por la ciudad y

pasar por la estación terminal, sale de ahí sin detenerse y entra en la avenida para iniciar un nuevo recorrido más, sin prisa pero sin pausa tampoco, en medio de una ciudad dormida en su inmediatez pero que a lo largo de este viaje ha parecido madrugar en la noche de su presente, levantarse de sus ruinas urbanas y despertar desde su propio pasado, para proyectar en lo alto un mapa que nos permita avizorar aquella otra ciudad, que por lo general yace sepultada bajo el peso de la luz urna. ¿Cómo han llegado a formarse estos tres nombres mirada del pasajero que se apronta a abordar la vieja máquina? ¿Hay alguna palabra de entre ellas que lo nombre con mayor propiedad? ¿Cuál de las tres sería, trolebús, trolley o trole? El caso es que si yo mismo me he oído llamarlo por sus tres variantes a lo largo de mi vida de pasajero, otro tanto puedo suponer para todos y cada uno de los habitantes de la ciudad. Habría que ver, ante tamaña comunidad de voces, lo que cada nombre dice o podría querer decir.

Trolebús es la máquina en sí misma, construida antes de pensar en los pasajeros que la usarán y con un pragmatismo indiferente a la urbe que atravesará conectando todo el centro. Su nombre acusa formalmente el servicio específico que brinda, además de la virtud de optimizar la energía con que se mueve mediante un par de rieles eléctricos, a pesar de que nadie sepa de dónde viene la palabra 'trole', conociendo nada más que su terminación en 'bus', lo cual no obstante basta a todo el mundo para subirse y trasladarse a donde uno quiera.

Trolley ya es algo mucho más turístico, un sonido que viene de lejos con la novedad de un viaje que ha sido refinado, allá donde el apuro quedó atrás como síntoma de la eficiencia y lo que ahora se espera es gratificarse con esa cantidad de detalles que saltan a la vista desde las ventanillas, en ese momento del día en que se va o se viene de algún compromiso u obligación, en que todavía es muy temprano o ya es muy tarde para encontrarse lentamente con sorpresas que no teníamos previstas.

Trole, para finalizar, es la palabra del día a día despojada de orígenes y de otro significado que el que le dan los habitantes, que levantan el dedo mientras el vehículo se detiene y ellos lo abordan, convirtiéndose en pasajeros que satisfacen así su necesidad de transporte. El mismo nombre es parte de esta necesidad, debe existir una palabra con que tomemos la locomoción o para pensar en dónde vamos, si estamos atrasados o no; no hay otra razón para que un habitante hable del trole, lejos como estamos de interesarnos por su historia y su desarrollo; poco importa que la palabra parezca a las que antecieron: en el día a día es el trole y punto.

No creo que haya una diferencia visible entre estos tres nombres. Después de todo uno siempre se sube al mismo viejo vehículo y las variaciones idiomáticas y técnicas pasan inadvertidas, alentadas por nuestra flexibilidad lingüística a la hora de sincerarnos la pronunciación. Si es que existe una diferencia debe hallarse en otra parte, acaso en la cantidad de veces que nos hemos llevado a la boca una por una eso de trolebús, trolley o

trole. Tal vez ellas como palabras también terminen convertidas en recuerdos que luego susciten las impresiones en que repararemos durante el viaje. La diferencia según esto la llevaríamos cada uno por sí solos y en silencio, saltando al espacio público con tanta naturalidad que la variación del nombre de aquello que nos iguala en tanto pasajeros quedaría intocada en nuestros oídos, sin imaginarnos siquiera la posibilidad de ir arriba de vehículos distintos. De ahí a esa otra posibilidad de descubrir a bordo aquella ciudad olvidada en las alturas parece haber un trecho formado por palabras en desuso, que la costumbre ha apagado en nuestros diálogos callejeros y en cierta indiferencia que nos vuelve irreverentes ante lo que no resulte justificado, necesario o normal.

Pero a pesar de todo esto si existe una diferencia visible entre los trolebuses, diferencia que hace algún tiempo llegó con sus propias ruedas, su propia carrocería y hasta su propia estética. Son los trolleys suizos con sus tres puertas, sus grabaciones en inglés y sus instrucciones en alemán. No me gusta que desentonen con la ciudad, parecen traer consigo la atmósfera por la que alguna vez transitaban antes de llegar aquí; las puertas y ventanas, con su tamaño y su sincronía, filtran algo de ese orden que se ha quedado al otro lado del océano y nos dan la apariencia del buen funcionamiento, aunque afuera todo siga como siempre es decir igual o peor, aunque la noche que cae de a poco no consiga llevarse del todo la cotidiana desesperanza de vivir tan lejos del lugar en donde las cosas empezaron a tener cierta tradición. Lo único que acepto de ellos es que ofrecen la novedad de un viaje a espaldas del recorrido, en esos asientos al revés que miran todo quedar atrás y que a su vez conservan la visión del camino, al centro de un panorama que lo absorbe a medida que los costados de la calle resbalan hendidos por el avance de la máquina.

Viajando en este asiento al revés, mirando el recorrido depositarse poco a poco al fondo del camino en una imagen total que no cesa de poblarse y crecer, a espaldas del avance del trole, también algo de esta ciudad ha parecido moverse hacia atrás, retrocediendo el tiempo, como si cada construcción que se deslizara por las ventanillas me permitiera removerla y sorprender lo que hubo antes en su lugar, hasta terminar quitando todo y ver qué quedaría: en ese momento ha aparecido la arena larga e invariable de una playa, la playa que siempre estuvo aquí y que sólo el ajeteo urbano nos ha dado la ilusión de que algo más existe en su lugar.

A esa hora del atardecer en que el sector financiero cierra sus puertas, o temprano en la mañana cuando algunas calles todavía están vacías, puede verse surgir la arena por debajo de las veredas; el cerro vuelve a mirar al mar sin nada de por medio que interrumpa ese silencio, salvo la marea adivinándose en la distancia y alguna gaviota precavida que abandona el balcón de un edificio como si fuera un cabo de roca a punto de ser inundado. En ese instante de calma la estrechez urbana cede a la ausencia de cualquier movimiento y revela la pendiente pareja de la arena que se sobrepone al cemento, abriendo un espacio tan impensado en la actualidad como intacto en el tiempo, es decir abriendo ese espacio total de

la Naturaleza que persiste desde siempre a pesar de la frenética verticalidad de inaugurar puertas, oficinas y habitaciones en el sensato afán del quehacer.

La velocidad rezagada del trolebús permite contemplar la franja de la arena con una mayor perspectiva en que todo pasa, permanece y se precipita a la vez, recuperando la playa y poniéndola codo a codo con el recuerdo de esos momentos en que marchando por las calles yo tenía el atisbo de un mundo que yacía soterrado por la ciudad. Ese mundo regresaba lentamente al caer la noche y se iba con la primera claridad en la mañana siguiente sin que nadie lo advirtiera. Además, era un mundo que se desenvolvía en una lógica análoga a la marea de una playa: a partir del anochecer un oleaje negro se descargaba contra la ciudad como una atmósfera rara y densa, las cosas tardaban más en suceder, tomaban distancia y soledad unas de otras, revelando aspectos de lugares, personas y cosas que si bien nos parecían inesperados terminaban siendo familiares; el hecho era el mismo pero cobraba vida en ese entorno original que la claridad le había arrebatado con sus garras concretas. Era como si en ese momento el misterio de la vida fuese algo perfectamente normal. Podía tratarse del encuentro con un viejo amigo en una esquina o de detenerse en un sitio histórico a menudo pasado por alto; aquella masa de oscuridad cortaba el viento y otorgaba a la noche un clima acuático en que todo tomaba el cariz de un hallazgo al fondo del mar. La vida misma, lo más nimio de ella se volvía parte de una expedición submarina, porque de noche no había muchas cosas que ocurrieran en movimiento. Respirar era por sí solo un acto anfibio. Encender un cigarrillo o contestar el teléfono, una abrumadora anticipación de la tecnología. Como contraparte los fenómenos adversos y violentos de la Naturaleza, las lluvias y temblores, eran la posibilidad de extremar esta dinámica de fusionarse con la fuerza viva de la Tierra, quedarse de pie deshaciéndose bajo un chubasco repentino o huir del temblor y desaparecer sin suerte corriendo por las calles.

En las mañanas la extrañeza era la misma pero las condiciones del todo diferentes. El oleaje nocturno se había retirado y daba lugar a una claridad sin contrapeso, casi desconcertante. La playa desierta imponía su atractiva hostilidad bajo un sol temprano que aplastaba en todas las direcciones. La casa del barrio Almendral, que disminuían su altura a medida que se alejaban del centro, parecían haber sido construidas provisoriamente y ser remedos ópticos de las casa contiguas, castillos de arena a escala humana.

No era posible que esas viviendas estuviesen habitadas. De hecho, no se veía salir a nadie de ellas, nunca. Y si por casualidad nos encontrábamos con alguien en esa hora inmediata al despertar, lo divisábamos al otro lado de una de las calles paralelas a la orilla del mar como Independencia o Victoria, trastabillando en medio del viento, acercándose con gestos de dificultad que el silencio de la distancia impedía comprender; o bien nos topábamos bruscamente al dar vuelta en una esquina cualquiera, como si en toda esa soledad coincidiéramos de pronto en la curva de un peñón de roca. Cuando esto ocurría nos tomaban súbitamente dos sensaciones distintas: si la persona era desconocida cambiábamos miradas que expresaban nuestra mutua incredulidad de que alguien pudiese vivir por ahí en

la playa, ni siquiera cerca de ella; y si llegaba a ser conocido nuestro la sensación era de tanta perplejidad cuanto que la persona parecía traer algo de sí misma que no encajaba con su imagen habitual; había un brillo en su mirada y un tono lacónico en su saludo que nos hacía sospechar algo oculto de su parte, que en ese momento lo convertía en un incognito ante nuestros ojos. Tal vez siempre había sido así y ese conocido no era tan cercano como suponíamos. Tal vez la ciudad y su trazado lleno de direcciones apuntando hacia el centro daban la ilusión de proximidad, de tener algo en común con los demás habitantes, aunque no fuera más que la necesidad de hacer casi el mismo trayecto todos los días. Pero ahora la vida rutinaria era una ilusión que se descascaraba a cada paso, internándonos en esa distancia plena de un sol que limpiaba el asfalto hasta asemejarlo a la arena, una arena por la que creíamos avanzar a medida que hollábamos lentamente la pregunta ineludible: ¿no será todo esto un equívoco, no será que acaso la ciudad ha venido a posarse en la orilla como una bandada de aves oscuras que solamente espera el cambio de estación para volver a migrar, antes que se anuncie el temporal definitivo y el mar vuelva a apoderarse de la tierra hasta los pies de la roca? Porque muy bien podía ser que el mar se hubiese retirado de la playa, tal como suele hacerlo en las mañanas para volver imperceptiblemente hacia el atardecer; sólo que en esta ocasión lo hubiese hecho por un lapso mucho más prolongado, como si una etapa entera de la humanidad tuviese lugar durante una mañana cósmica, y los días y las noches que se sucedían no fuesen sino leves variaciones climáticas, del planeta mismo funcionando como su propio satélite. Entonces, en esa prehistórica contracción oceánica había habido tiempo suficiente para que el hombre surgiese de la arena, cual pulgas de mar pataleando ciegas hacia el sol, mientras todo un ecosistema germinaba en torno suyo. La erosión daría lugar al discernimiento del mar y de la tierra, el frío y el calor; el bien y el mal, la vida y la muerte. La Razón sería el jeroglífico inscrito en las rocas cavernarias con que el hombre se atraería los animales, las plantas y a otros hombres de quienes rodearse para sobrevivir. Y desde la rueda y el fuego hasta la construcción de la ciudad habría ocurrido un g ensueño de prosperidad parecido a la vida eterna, q en el mundo terrenal tomaría la apariencia de la técnica llevada a escalas de producción de una arquitectura superior. Como el logro más acabado del despei tai del hombre a la certidumbre de su individualidad, la ciudad se erigió para testimoniar todo aquello de lo que el hombre era capaz de hacer. Nunca antes la idea de controlar la Naturaleza en su beneficio adquirió importancia absoluta, unilateral. En su mente el reino de la claridad ungió la imaginación humana. Y el misterio de la Naturaleza, entre otros misterios, fue confinado más allá del horizonte, donde duermen la Nada, Dios, la Belleza y otras ideas tan distinguidas como poco prácticas. Pero la Naturaleza no ha desamparado esta playa en ningún instante; solamente yace bajo ella, cruza el cielo y ondula hecha viento o neblina, acechando con paciencia infinita el día en que el mar se cobre su regreso e imponga el equilibrio anterior.

Porque ¿no es un equívoco creer que apenas unos siglos de urbanidad nos den la esperanza de habitar algo perdurable? ¿Y no es tanto más equívoco el hecho de que yo me haya

quedado arriba de este trolley, en una noche incierta, para intentar descubrir los rastros perdidos de aquella otra ciudad, incitándome así a buscar los orígenes de su esplendor y las causas de por qué dicho esplendor debería persistir, aún más allá de su paulatina desaparición?

Antes de que esto ocurra y todo termine, yo me entrego una vez más a aquellos momentos del viaje en que el trole atraviesa la playa. Desde el barrio Puerto hasta El Almendral hay puntos en que reaparece la orilla, en que ese ambiente apartado y colonial se reconstituye ayudado por el deterioro de la ciudad, acentuando esa lejanía del mundo a la que todo llegaba atrasado y empobrecido. La playa insinúa senderos, recovecos, rincones soslayados por el trolebús pero que si uno se bajara para ir hacia ellos a pie conducirían a situaciones que aún son posibles, que todavía preexisten en la historia y que seguramente volverían a darse si la incivildad, si lo más prosaico del hombre no fuese contenido, después de todo, por la simetría última e innegable de la modernidad.

Poco después de dar la vuelta en el barrio Puerto y regresar en dirección al centro, el trolley pasa a los pies del cerro, por la calle más antigua de todas, la calle Serrano, donde el ajeteo y el vocerío del mediodía disuaden a la mirada curiosa de acercarse a los indicios del pasado. Pero si uno pasa por allí antes de que llegue esa actividad, o cuando ya se ha ido, Serrano por sí sola se perfila como una estrecha planicie que bordea al cerro, por cuyos extremos se cuele un viento que advierte de la insólita cercanía del mar, antes de darnos cuenta de que caminamos justo por la línea donde la lengua de la ola alcanza la arena. Dicho límite no da más margen que la vereda por donde hemos venido, al pie del cerro, pero que la soledad y el aire humedecido han hecho desaparecer a cambio de la arena que allí hubo antes. Del lado del cerro, cerca del pasaje Cienfuegos cuyos peldaños cubren la ladera hasta lo alto, sube ahora un castillo blanco; arriba en sus torres se despliega una batería de cañones que apuntan al océano entre las almenas derruidas. Yo recuerdo haber visto aquellos cañones muchas veces en la avenida Altamirano, que lleva a la costa y al cementerio; ahora parecen haber sido devueltos a su sitio de origen, una fortaleza militar en la parte superior de este castillo blanco, comunicando las torres con una escalera de caracol que baja hasta la playa donde yo me he detenido. Atisbo en la distancia, al otro extremo de la calle, que ahora no es más que un par de metros de arena corriendo por la orilla a la intemperie del mar. Una jauría de perros salvajes se aproxima desde lejos, ladrando, gruñendo, olfateando algún rastrojo cuyos restos serán basura manchando la playa. A medida que se acercan noto que son muchos, una tromba de colmillos, engrifada y de mirada hostil. Antes de poder distinguir a cada uno de aquellos demonios de cuatro patas veo que cesan de correr y se alborotan, en sus hocicos se ahogan gemidos buscando a un líder que se ponga al frente. El viento, el oleaje gasificándose en mis oídos y la amenaza misma de los perros me han impedido percatarme del arribo de otra jauría a mis espaldas: una jauría humana, compuesta por huasos desharrapados y changos famélicos, calzados con sandalias, tocados con sombreros raídos y con sendas escopetas oxidadas en las manos. Me

vuelvo hacia ellos, pero ellos sostienen mi mirada sin decir ni una sola palabra. Cuando el silencio de esa tropa lamentablemente me ha dado tiempo de contar cada una de sus cabezas, caigo en cuenta de la razón porque mantienen la boca cerrada en un pobre ademán marcial, muy firmes. En la entrada del castillo, al pie de la escalera de caracol, un militar español de ceño Implacable me taladra los ojos con los suyos. El rictus descompuesto de su boca rima con el uniforme polvoriento que viste, de botones opacos y en cuyo costado cuelga un sable envainado. Habiendo pasado escueta revista a sus soldados, al tiempo que apunta con el sable hacia los perros a guisa de una flecha, la terrible orden de disparar a discreción, de precipitarse arma en ristre o como fuese, explota en su dentadura iracunda dejando escapar un hálito de aguardiente igual a una bofetada. La tropa las emprende en pos de la jauría dando un grito destemplado, sin convencimiento, pero acatando una instrucción seguramente preferible a los mendrugos que escasean por toda la playa a la redonda y que el gobernador del castillo ha consentido en proveerles con tanta parquedad como el miserable alimento que les desliza entre los barrotes a los prisioneros contrarios al Rey que ma atiene en el calabozo. La tropa se pierde tras la polvareda que el verano ha levantado de la orilla, perros y soldado; se alejan envueltos en una refriega incierta y la misma calma blanca de siempre vuelve a inundar este paraje deshabitado junto al mar. La escalera del castillo, al pie del caracol, me convida a la intriga de subir por ella y descubrir así qué hubo alguna vez en esa fortaleza, de la cual el tiempo no ha dejado más recuerdo que el nombre de una de las calles del cerro Cordillera. El gobernador ha abandonado la entrada al ver cumplida su instrucción y no hay ni una sola alma que me prevenga de hacer esta visita furtiva al castillo, del que alguna vez tuve noticia en los libros de historia.

Apenas pongo el pie al interior del castillo el fragor del mar queda un tanto acallado por el frío de las paredes. La escalera de caracol es un pasadizo de p ascendiendo en espiral, un túnel vertical de silencio por el que van retumbando mis propias pisadas y al que llega el eco de los secretos confabulados al fondo del imperio español, para perpetuar el dominio de estas posesiones en lo más recóndito de la nueva cristiandad. Desde un extremo imposible de interceptar oigo el clamor del gobernador del castillo, que reacciona fuera de sí a la noticia de la más reciente amenaza corsaria rondando el Pacífico. Hay que hundir y suprimir a esos ingleses tercos, a esos insolentes holandeses sin Dios ni Ley que procuran una tajada de estas Indias Occidentales, para gloria personal y servidumbre a la competencia europea. Asimismo, percibo quejidos moribundos en un idioma que no comprendo, resonando con debilidad entre el hierro de una prisión que a alguien lentamente va privando de la vida. Oigo el murmullo sereno y pacificador de un sacerdote, que espera conciliar las faltas de un ser humano con la indulgencia póstuma de un Dios que, cada día en esta aldea poblada de cañones y de cruces, sale por los aires a congregar a la turba descarriada con campanazos redoblando sobre su naturaleza tan ignorante de culpas como de alguna redención. Todos esos ecos atraviesan el caracol de la escalera y dejan allí la huella de su último sonido, tras los cuales quedan sólo mis pasos, hasta que el sol rallando la piedra en diagonal parece indicar otra vez el aire libre respirarse en el pabellón más

elevado del castillo. El final de la escalera da lugar a una explanada donde se halla montada la fortaleza que se ve desde la playa. Aquí arriba se domina la inmensidad del mar y el contorno de tierra en que se asienta aquel despreciable caserío, cada vez más arrimado a las gargantas de las quebradas, del otro lado, la meseta del cerro Concepción, más allá del cual se acaba la presencia del hombre. Era precisamente allá, después de ese cerro cuyo cabo de roca marcaba el límite más estrecho entre la tierra y el mar, que se abría un arenal inhóspito, gris, donde morían riachuelos que difícilmente hallaban salida; el mismo sector por el que yo había visto resurgir la orilla de la playa a medida que el trole seguía su marcha a esa hora temprana o bien más tarde. Ahora yo reconocía ese sector en el panorama ofrecido por la vista en lo alto del castillo. Y recordaba haber caminado por ese arenal que prolongaba la playa, pese a las advertencias de que aquel lugarejo retirado era el escondite de forajidos sin alma que asaltaban a pleno día. Yo avanzaba por allí con una vara al hombro a la que había anudado un hato de ropa, y que de noche me servía para colgar un candelabro de sebo e iluminar mi camino. Debía atravesar todo el arenal para llegar al Estero de las Delicias, en cuyas inmediaciones me habían mencionado la posibilidad de un jornal, y esperar por la noticia arrimado a la sombra de unos olivos. Apaciguado por tal promesa, confié mi caminata en medio del arenal a la buena señal de algunos arroyos que corrían del cerro al que me iba acercando a ese otro brazo del cerro que daba fin al anfiteatro natural, cuando de la nada, dando pisadas que la arena amortiguaba en la distancia, unos hombres montados vinieron hacia mí pretextando una pregunta nada más de mi cabeza, uno de ellos anodina. A un palmo nada más de mi cabeza, uno de ellos sacó un mazo su espalda y me lo descargó encima; el griterío encabritó a los caballos y se abalanzaron sobre mí de un instante a otro. Alcancé a ver el segundo hombre laceándose por los pies con una soga firme, antes de que me arrastraran bajo unos matorrales donde quisieron esconder mi cuerpo inerte, que sin embargo ya no me contenía a mí, pues la herida abierta en mi cabeza dejó un reguero de sangre y mi última visión se escurrió por ella, al juntarse con uno de los arroyos que me llevó de allí poco a poco, desperdigando mi memoria entre mis venas rotas y mi cadáver.

La calle por la que entré al castillo, y que yo veía desde allí arriba correr a lo largo de la playa hasta el cabo de roca, que separaba la aldea colonial de ese otro sitio eriazo cubierto en arena infértil, ahora es la calle Serrano por donde el trole viene de regreso del barrio Puerto; sigue más allá del cabo de roca, hecho desaparecer hace mucho tiempo, conectando así con El Almendral y trazando un recorrido que abarca toda la extensión actual de la ciudad.

El episodio de aquel castillo y el espejismo de mi propia muerte en medio del arenal eran imágenes que el viaje en trolebús fue animando hasta hacerles cobrar miento, habían quedado vagamente impresas en mis lecturas acerca de la ciudad, tras las cuales yo salía a caminar por las calles para alzar la mirada y completar la reminiscencia de cuanto hubo aquí alguna vez, creyendo dos donde habían existido, precisamente, el castillo con su

fortaleza; el cabo de roca bajando del cerro al mar; y el arenal que por entonces era tierra de nadie. Yo había aprendido todo eso durante mañanas enteras metido en la Biblioteca, en una sala donde los libros que facilitaban eran primeras ediciones de finales del siglo XIX; parte del mobiliario eran sillas y vitrinas casi tan viejas como los libros, y además se veían las cúpulas de las Iglesias diseminadas por el cerro a través de las grandes ventanas de ese edificio. El contenido histórico de los textos parecía replicarse inusitadamente alrededor, daba la sensación de trasponer un ensueño, persuadía suavemente con la idea de que aquello revisado en los libros seguía estando, en alguna medida, en la realidad exterior.

No mucho antes de haber iniciado este viaje, la Biblioteca Severín presentó una exposición acerca de la historia de los trolleys. Eran paneles con información y fotografías que daban a conocer el origen de estos vehículos, su llegada al país y el desarrollo paulatino que tuvieron una vez establecidos en la ciudad. Aparecían tal cual siguen siendo hasta el día de hoy, pero transitando calles y lugares diferentes, llegando inclusive a extremos urbanos hoy inverosímiles para un transporte de estas características, que aquellas fotografías sin embargo retrataban con naturalidad, como era el caso de un trole pasando por el lado de ese jardín de flores con forma de reloj en el balneario de Viña del Mar, que ya por entonces despuntaba la hora, en una época en que todo era más apacible: la puesta de sol que cae en la fotografía, el tráfico vehicular expedito, las personas que visitan ese sitio sin mayor apuro. Así cada imagen y cada reseña representaba el paso del tiempo mediante diversos recorridos que los trolebuses habían tenido por la ciudad, no sólo hasta el vecino balneario sino por calles hoy desaparecidas y por avenidas que terminaron quedando al margen del centro.

La exposición pasó a formar parte de esa intensidad extraña que las cosas, los sitios y los hechos fueron tomando para mí a medida que me involucraba en el relato de todo un pasado, que a veces me hacía caminar despacio y en silencio pensando en qué remota relación podría haber existido entre la ciudad y yo.

Por esas calles aledañas a la avenida, que la interceptan del través formando las cuadras del centro, he descubierto rieles aéreos que nunca imaginé podían existir y que han quedado allí, a la altura de un cablerío eléctrico que, si uno se empeña en perseguir esquina tras esquina, va formando el circuito de un recorrido que enhebra la urbe en un sentido completamente inesperado, como si aquellos trolleys que quedaron circulando en las fotografías de la exposición todavía anduviesen por algún rincón de la ciudad, esperando restablecer el servicio correspondiente a esas otras épocas, a las que ya no es posible regresar de otro modo que metiéndose en dichas imágenes y confiando en nuestra orientación actual para rehacer las rutas que había entonces. Tal como lo estudiado en los libros de Historia terminó cobrando movimiento al recrearlo durante las sucesivas vueltas a bordo del trole, asimismo la iconografía exhibida por los corredores de la Biblioteca empezó a activarse subterráneamente en mí; aquellos lejanos recorridos fueron manifestando una nueva posibilidad de repetirse, cuando yo marchaba por esas calles o

cuando el trolebús se acercaba a ellas y yo veía los rieles eléctricos que ya no conducían a ninguna parte o que habían sido interrumpidos por las necesidades de la posmodernidad. La sola visión de los rieles o el recuerdo de su funcionamiento donde ya no existían eran el pasaje a una serie de nuevos recorridos, recorridos invisibles que después de mucho tiempo volvían a dar la vuelta entera por la plaza Victoria, a pasar por la avenida Brasil, con sus palmeras añosas y las estatuas amontonadas en hilera (que ya nadie parecía apreciar), para llegar a los extramuros de la ciudad donde estaba el balneario y sus flores con forma de reloj, o ese camino de la costanera que daba la vuelta a todo el cerro Playa Ancha, hasta llegar al Museo Naval detrás del mirador.

Toda una antigua fisonomía urbana reaparecía gracias a esta evocación, se sobreponía a la realidad actual como si las imágenes de la Biblioteca se echaran a andar y uno pudiese conocer, por la intuición de sustituir el presente por el pasado, la verdadera apariencia que aquella otra ciudad debió haber ostentado alguna vez. El efecto de tal evocación se completaba con una segunda secuencia de imágenes que eran como visitar la ciudad acercándose a ella por sus espaldas, desde un ángulo contrario, situado inequívocamente a la altura de las ventanillas del trolley.

Estas imágenes eran el reciclaje de las impresiones que yo había tenido durante el viaje en trole, trasponían mis propios recuerdos a calles y sitios de un pasado donde me habría sido imposible vivir, pero que no obstante daban una idea de lo que podría haber sido mi vida en esa época reflejándome en un contexto temporalmente ambiguo donde mi apariencia y mis acciones correspondían a mi pasado biográfico, pero también a un pasado cronológico que iba más allá de mi nacimiento. La feria, el Hospital, la plaza, mi ex-colegio, las fábricas y el Teatro, cada lugar por el que yo había dejado errar mi memoria volvía a enfocarse desde el trolebús pero ahora en otra dirección, como viniendo de calles que se hallaban fuera de recorrido, cuyo sentido de tránsito no era el usual. Si un lugar había tenido relación directa conmigo me proyectaba en retrospectiva, en medio de una escena que mis recuerdos habían descartado completamente, pero que la identidad de la acción me impedía desconocer

Pero los recorridos invisibles no eran solamente la posibilidad de recuperar todos los trayectos que se sucedieron hasta el itinerario actual del trolley; también se convirtieron en la alternativa impensada de proyectar cada una de las calles, esquinas e intersecciones desde esta perspectiva en movimiento, sin que hubiesen sido necesariamente parte de algún recorrido, ni menos de mi vida personal. Aquí ya el viaje en trole se volvía algo de todo punto imprevisible. Fue el momento en que sentí mis recuerdos escaparse de las manos, de mi mente, de mi conciencia. Porque sucedió que empecé a crearme protagonista de hechos absolutamente desconectados conmigo y mis intereses; al contrario, que nunca habría pensado en realizar... salvo porque guardaban relación con los trolebuses. Aun así me llenaban de perplejidad las sospechas que cayeron sobre mí como el autor de aquellos atentados a los viejos vehículos.

Hace quince años atrás yo me despertaba en el calabozo de una comisaría. El día anterior los carabineros me habían sacado a la fuerza de mi domicilio, rodeado de un corro de vecinos y desconocidos que me apuntaban diciendo: ése es, el loco que juega con fuego. En la comisaría ya me conocían; había intentado incendiar mi propia casa algún tiempo atrás y ese hecho manchaba mis antecedentes. Había que estar mal de la cabeza para hacer algo así, por eso no tardaron en irme a buscar al día siguiente del incendio del trolley 814. Yo me llamaba Guillermo Salas y tenía la misma edad que tengo ahora; pero monté en cólera cuando supe que los troles habían sido nombrados patrimonio histórico. Ya en esos años la ciudad y sus habitantes nos hallábamos largamente desamparados de las autoridades... ¿y ahora venían con el cuento del reconocimiento? No pensé sino en emborracharme para salir de noche a vengarme de tanta desvergüenza. Me pareció que el peor castigo, el más siniestro y aberrante, era agredir de muerte al objeto de la celebración que dejaba al descubierto nuestras deficiencias, sobre todo porque un trolebús era completamente inocente. Inocente, nostálgico, tradicional, pero una carga para quienes queríamos ver a la ciudad mejorarse pronto de su depresión, demorando todo con su maldita y anticuada lentitud. El resultado de mi examen psicológico arrojó el diagnóstico de un severo trastorno anímico, atribuido a fin de cuentas a la prolongada crisis social, al desempleo, a las desviaciones que hundían más y más a la población en su marginalidad. Ello me calificó de discapacitado y no fui imputado por ningún cargo ante la ley: se me derivó a un centro psiquiátrico, tras lo cual la noticia del atentado al trolley 814 se archivó como uno de los casos más sórdidos que reflejaban nuestra situación ciudadana y ahí se quedó, aguardando por una solución que se durmió en los registros periodísticos.

Durante mis lecturas en la Biblioteca di con los artículos de prensa que en su momento informaron acerca del incendio. Al principio leí con el desconcierto que hubiese embargado a cualquiera al enterarse de que este tipo de incidentes venían ocurriendo hacía tiempo.

No me cabía en la cabeza que alguien deseara acabar con los troles de esa forma. Fue después, cuando los recorridos invisibles me revelaron el lado de la ciudad atrapado para siempre en las fotografías, que pude ir comprendiendo cómo la decadencia de una época había ido alcanzando poco a poco la vida cotidiana y sus habitantes. Supe con desazón que, contra toda expectativa, sí era posible empezar a sentir odio por esta ciudad, mirar con resentimiento los espacios que conservaban el mito sin dejar nada para la gente, hasta llegar a escupir sus murallas con indiferencia y profanar la arquitectura con el vómito de un grafiti estéticamente indescifrable o decididamente conflictivo. El otro lado de la ciudad me ponía en contacto con experiencias del habitante que hasta entonces yo no había tenido necesidad de conocer y que por lo mismo no compartía; en cambio ahora comprendía las razones para que alguien pensara así y ello bastaba para que una parte de mí se decidiera a perpetrar lo que nunca antes se me hubiese pasado por la mente.

La certeza abismante de mi implicación en los hechos se me hizo manifiesta cuando volví a leer la noticia que copié en mi libreta. Un escalofrío me sacudió en silencio, al reconocermé en aquella descripción del incendio del mismo trolebús en el que iba a bordo:

'Según se indicó, el incendio se produjo en la

Avenida Argentina, en el sector que se encuentra habilitado para el estacionamiento de las máquinas, descartándose inicialmente que el vehículo hubiera llegado con algún desperfecto.

Al momento de ocurrido el siniestro, pasadas las 22 hrs., el vehículo patente CX-2349 se encontraba desconectado del tendido eléctrico y, por causas que se investigan, las llamas se propagaron entre los asientos y el pasillo del trolebús.

Fueron voluntarios de las compañías 5 y 9 los que intentaron, en vano, controlar la emergencia que no alcanzó a destruir la parte exterior del móvil.

El Mercurio de V....., martes 26 de Agosto del 2003.

'En todo caso, dijo que el hecho fue provocado por un hombre con desequilibrio mental.

Sobre ese punto, el gerente de la empresa detalló que según el informe de Carabineros cuenta con un prontuario de pirómano, por lo que fue detenido por efectivos de la segunda comisaría y hoy será puesto a disposición de la justicia. Según relató, la tesis que maneja la policía postula que el hombre, identificado como Guillermo Salas, de 40 años, habría quebrado el vidrio trasero cercano a la puerta, a través de la cual lanzó material combustible al interior, ocasionando las llamas.'

A ello se suma el informe de Bomberos que da cuenta de un incendio intencionado, descartando la ocurrencia de llamas como resultado de un desperfecto eléctrico, ya que se encontraba desconectado y sin baterías mientras el trolebús se encontraba estacionado a metros de la garita, en Avenida Argentina con Yungay:

Junto con ello, el alcalde precisó que si bien la

Municipalidad apoya a la institución, por tratarse de una empresa privada 'no hay ninguna posibilidad de participación"

El Mercurio de V.

... miércoles 27 de Agosto del 2003.

Nueve años más tarde, cuando el fuego del escándalo ya había sido apagado y olvidado, un nuevo incendio vino a poner en evidencia el marasmo social que entrampaba a la ciudad en el descontento. Ahora yo ya había aprendido la lección y me deslizaba como una sombra, de madrugada, para no dejar indicios de mi responsabilidad, haciendo creer a todo el mundo que yo había pasado la noche en mi habitación del manicomio, y que la ventana por

la que me escapé había quedado perfectamente cerrada. El tono impersonal de la noticia en el diario era una coartada para evitar admitir el hecho de que no se logró acusar a nadie del segundo atentado, con lo que mi crimen se renovaba brillantemente pues esta vez yo pasaba desapercibido: Ayer a las 4.57 de la madrugada un trolebús se incendió frente a la posta infantil del Hospital Carlos Van Buren. Un transeúnte llamó a Carabineros para avisar del hecho. Al lugar concurrieron dos compañías de Bomberos - la Décima y la Sexta- y tras largos minutos lograron apagar las llamas que consumían al tradicional transporte porteño

... no han informado sobre la razón por la cual se incendió la máquina a esa hora, cuando ya no estaba en funcionamiento.'

A pesar de que no está confirmada la razón del incendio que afectó al trolebús, (...) no se descarta que haya sido un atentado

.. voluntarios de Bomberos comentaron que lo que le ocurrió al tradicional vehículo fue intencional, por la forma en que se quemó

El Mercurio de V.

....., viernes 10 de febrero del 2012.

Guillermo Salas fue dado de alta del Hospital

Siquiátrico y desde entonces camina por las calles en libertad; los trolleys que incendió fueron reparados y siguen circulando normalmente. Yo a veces pienso en él, en que alguna vez mi ser tomó parte en sus actos delictuales y que acaso ésa sea una de las causas por las que continúo como pasajero dando vueltas por la noche del trole, como si con ello yo esperara purgar presuntas faltas.

Aquellos rieles aéreos que no conducen a ningún lado han quedado allí, como testimonio de antiguos recorridos que los trolebuses debieron haber hecho y ahora yacen abandonados; rieles aéreos apareciendo por una calle y doblando en esa esquina donde, a no mucha distancia del presente, convergen la barroca fachada de un edificio decimonónico, los talleres de mecánica automotriz con sus negras bocas dentadas de ruedas y la misma calle, una calzada sembrada de adoquines cuyo tránsito es tan menor que no alcanza a limpiar la reminiscencia de cómo debió haber sido ese recorrido del trolley por el barrio El Almendral, tan desvalorado y alejado de la posibilidad de que aquel recorrido vuelva a tener lugar, como parece querer tenerlo cuando la mirada distraída capta la soledad de las esquinas, a medida que entran en la perspectiva de un trole que se aleja.

Cada vez que el trolebús pasa por el terminal y se interna en la avenida Argentina yo miro aquella ladera del cerro O'Higgins por donde, hasta el día de ayer, solía transitar.

En algún lugar debe haber quedado esa vida de siempre, pienso, y hasta es probable que ella siga ocurriendo en una parte de mí que tras ir y venir, subir y bajar la avenida

Washington, vuelve a quedar detenida, entregada a su rutina.

Arriba del trolley en tanto, los rieles aéreos echan chispazos cada vez que las plumas de fierro, ese par de antenas de la máquina, se deslizan por las conexiones e intersecciones que atraviesan el tendido eléctrico por todo el centro de la ciudad. Esos chispazos son la única claridad posible aquí, a bordo de la noche, porque las luces redondas del interior apenas pestañean débilmente según la velocidad de la marcha, variando su amarillo en la medida que las viejas instalaciones del trole lo permiten.

El resto es temblor, calor de turbinas y zumbido mecánico surcando el silencio. Este debe ser aquel momento de más honda quietud, el límite impreciso entre la medianoche y el amanecer. A esta hora de la madrugada la ciudad es un ramaje de sombras echadas en desorden por las calles.

vacías.

Las luces del alumbrado público suspendidas sobre la sombra del cerro resaltan los caminos formados por el tiempo, caminos para transitar entre el mar y el interior del país que se fueron transformando en un lugar para vivir, en la necesidad de quedarse.

Recuerdo aquella vez en que yo subía por el cerro, cuando ya había oscurecido, y pensaba en que ésta era realmente una ciudad abandonada: el tránsito que en ella se había formado no bastaba para habitarla y las huellas de ese ir y venir, que el tiempo había hecho invisibles, aparecían nuevamente en la soledad nocturna, con total evidencia de una idea construyendo realidad.

Al frente de la marcha del trolebús, siempre al frente, se vislumbra la ciudad deshabitada, bifurcándose a ambos lados por las galerías de ventanillas. El relieve discontinuo de su arquitectura se va insinuando, completándose hasta hacer aparecer como eran antes esas construcciones hoy deterioradas, confinadas a otra actividad que la que tuvieron originalmente y por tanto irreconocibles; a aquellas construcciones que desaparecieron porque la inclemencia de la Naturaleza se las llevó consigo, porque la insensatez del hombre reemplazó por otras o simplemente porque el tiempo las hizo cumplir su ciclo. Para qué nombrarlas todas a esta hora. Entre ellas se cuentan hospitales, iglesias, edificios cruceros, palacetes aristocráticos, teatros, catedrales, colegios, restaurantes, tiendas y negocios italianos, españoles, franceses, alemanes, británicos y norteamericanos; pizzerías, disquerías, bares, cafés, panaderías, almacenes; clubes deportivos y sedes sociales... así podría seguir hasta constatar la reaparición de una ciudad completa.

Todo esto está muy bien, increíble, fantástico, es lo que siempre quise ver... pero, ¿regresaré alguna vez a aquella ciudad que dejé una tarde de verano, al subirme al trolley en la esquina de Argentina con Colón?

Temo que, como dije al principio, toda esta distancia me aleje más y más del día de mañana; que tenga que seguir viajando en trole para siempre, viendo cómo mi existencia se transforma en un solo recuerdo de cuanto viví antes, sin un presente discernible en medio de esta noche en movimiento.

Temo que, entonces, la parte de mi vida que continúa en su rutina empiece a extrañarme, a sentir que ya no se sube tanto al trolebús, y que sea esa parte de mí la que a su vez tenga la necesidad de recordarme como algo de su pasado.

Yo me vería obligado a hallar un modo de darle alcance a ése que se ha quedado allá afuera; pero no podría hacerlo sino por uno de los recorridos de los trolleys, ya sea uno actual, ya uno con sus tendidos en desuso, o por aquéllos cuyo rastro sólo se descubre en los libros de historia.

Mi propósito sería aguardar a que él, justo en el en el cumpleaños de algún familiar; suponiendo que él prefiriera comprar regalos en Viña del Mar, lo que yo haría sería tomar el desaparecido recorrido desde el Puerto por avenida Brasil, seguir por Barón hacia avenida

España, llegar hasta la plaza Viña y, en vez de seguir hacia Chorrillos, ir en trolley por calle Quillota hasta 15 Norte y bajarme en el Mall, cosa que no hago nunca, a ver si pudiera sorprenderlo a él en las vitrinas de esas modernas librerías.

También me quedaría la posibilidad de coincidir con él algún atardecer en que regresara a casa, subiendo por avenida Washington. Él tomando la vereda con curvas y escalas; yo arriba del trole, subiendo despacio por aquella pendiente.

Todas estas rutas del trolebús existieron alguna vez. Duraron breves períodos o sólo fueron implementadas como prueba. Esta noche, son las últimas alternativas que tengo a mi favor..

Estoy en el paradero. Sin saber exactamente cómo, me encuentro por fin en el paradero del terminal de los trolleys. Me parece que fue sólo hace un momento atrás que la claridad del amanecer se venía anunciando lentamente a bordo de la vieja máquina, cuando ésta ya doblaba en la esquina de Colón hacia Argentina. Para mi sorpresa el trole se detuvo donde correspondía y yo tuve que bajarme por la puerta posterior. Ahora, por todo alrededor, la ciudad vuelve a presentar su rostro diurno:

pero el ritmo de las calles no es el propio de cuando comienza el día, sino más bien el que tiene al final de la jornada. Aún así, miro en torno mío con el sobresalto que me produce estar de regreso en lo cotidiano. El barullo rutinario de una humanidad que no descansa; la sinfonía desordenada que emite la locomoción; la fisonomía rota de las cuadras que se extienden todo a lo largo hasta perderse al fondo del cerro, trastocan sin aviso la monotonía a que me había acostumbrado en la oscuridad.

De pronto, uno de los conductores de los trolebuses sale de la oficina, con el registro de su itinerario bajo el brazo. Tiene el cabello blanco. Es el mismo hombre que estaba al volante el día en que tomé el trolley, y también cuando me pareció descender de él hace un rato.

Da unos pasos, me reconoce y se acerca. ¿No va a subirse ahora?, me pregunta. No creo, le contesto, en realidad acabo de bajarme de la máquina que llegó recién. Eso no puede ser, me dice mirándome extrañado, el servicio ha estado suspendido casi toda la tarde. Después del derrumbe de la semana pasada y el incendio de ayer, nuestro tendido eléctrico colapsó. Hemos echado a andar un sistema generador de energía provisorio para poder sacar al trole 814. Es el último trolebús que sale hoy.

Después se irá también al taller mecánico. No sabemos hasta cuándo seguirá suspendido el servicio. Pese a esta contrariedad se despide con un gesto amable y lo veo abordar el histórico 814. Son las 8.55 de la tarde y yo todavía puedo cambiar de opinión y subirme con toda la gente que ha esperado a que abran las puertas. Pero por alguna razón, quizás más que obvia, prefiero quedarme aquí abajo, mientras el trolley despliega las puertas, sus luces parpadean y sale con lentitud por avenida Argentina.

Yo cruzo a pie hacia el otro lado del bandejón central y avanzo rumbo a casa.

No bien he conseguido terminar un largo viaje al que ni siquiera sé bien cómo accedí, ahora me asalta la necesidad de saber por qué, si todo indica que me bajé del trole al rayar el amanecer, he puesto los pies nuevamente en la hora tardía del verano. Parece que me hubiera quedado todo este tiempo aquí, ausente en un paradero.

Una desalentadora jugarreta a mis sentidos que ya no estoy dispuesto a atender. Sin embargo, estirar las piernas por las veredas se siente bien, y así voy desmadejando mis pensamientos, tan enroscados sobre sí mismos como las ruedas en cuyo girar se fueron extraviando. La brisa del atardecer me reanima. A medida que me aproximo a casa, la rutina de esa vida que dejé en las calles va surgiendo en mi conciencia con espontaneidad. Cuando gano lo alto del cerro ante la entrada de mi edificio, la claridad se abre para mí con toda la nitidez del horizonte al otro lado de la calzada. Mis tareas y ocupaciones han quedado intactas en mi escritorio. Mis compromisos me aguardan donde mismo, con la holgura de un horario aún por cumplirse.

Estaba por anochecer cuando bajé al plan aquella tarde y acaba de hacerse de noche ahora, de vuelta de mi viaje.

Según el reloj, entre aquella tarde y ésta no ha pasado más de una hora. Afuera, las primeras luces y el preámbulo de la fiesta que se avecina.

¿Qué ha sucedido? Una vaga mirada sobre el salón de mi

departamento me dice que las cosas están tal como yo las dejé al salir y que en realidad no me demoré tanto en volver: De ser así, sólo se me ocurre una única respuesta.

Nunca me subí al último trolebús.

Yo simplemente continué haciendo mi vida de siempre, que jamás interrumpí, y en la cual los viajes en trolley tuvieron su frecuencia acostumbrada, pero también su término, con la moderación de repartir mi tiempo entre los demás quehaceres.

Fue la ciudad, en la que ya no había toda la afinidad que la marcha del trole solicitaba; fue la ciudad la cual comenzó a llamarme una y otra vez, entre pasaje y pasaje, hasta hacerme viajar en retrospectiva por sus calles, sus construcciones y lugares, sin importar que yo descendiera de la máquina, sin importar que yo caminara por veredas hostiles para llegar a la Biblioteca o al Cine.

Fue esta ciudad. Una parte de mí se quedó arriba del trolebús y siguió viviendo en la sensación de movimiento a bordo de la máquina. Fue la sensación de movimiento la que me hizo cautivo, pues en ella había algo que hasta el día de ayer yo ignoraba: el hecho de que en este movimiento se hallaba la posibilidad de descubrir la ciudad en su totalidad.

Dicha sensación y su posibilidad se impusieron en mi vida presente, de modo que todo acto de bajarme del trolley o de detenerme en las calles correspondía mentalmente a mi pasado.

El amanecer, el término del recorrido y el arribo a una nueva visión de la vida fueron una sola cosa, que para mí quedó representada en aquella ciudad antes oculta en su quietud fragmentada; luego revelada en una totalidad sólo posible gracias al movimiento del viaje en trole; y que finalmente se convirtió en percepción de todo su tiempo histórico al unísono.

Ahora sólo me queda aguardar por el retorno definitivo de los trolebuses, para que el panorama de su marcha, detrás de las viejas ventanillas, siga siendo la prueba siempre vigente de que hay una ciudad remota y secreta, que nunca ha perdido su esperanza en nosotros.

5 de septiembre del 2019.

5 de septiembre del 2019.

Este libro se terminó de imprimir

en el mes de enero del año 2020,

en los talleres de Gráfika Impresores,

Santo Domingo 1862, Santiago de Chile.

Ficha bibliográfica

Título: El último trolebús

Autor: Pablo León Acevedo

Año de publicación: 2020

Editorial: Altazor

Nº de edición: Primera

Nº de páginas: 71